

Siempre la misma historia. Siempre igual, siempre igual. Bizcocho de galleta, carne salada, legumbres secas y queso. Todos los días la misma historia. Cómo puede alguien como un servidor, ¡yo!, que tanto talento albergo en mis manos para este arte que es la cocina, limitarme a elaborar simples almuerzos para burdos marineros sin sentido del gusto.

A veces me despierto cubierto en sudores pues todavía es reciente en mi mente el recuerdo del cerdo asado con manzana o del faisán a la salsa de naranja... ¡Qué días! Cuando mis creaciones satisfacían el delicado paladar de Su Católica Majestad. Y ahora... miradme... ¡Miradme! Encarcelado entre estas cuatro paredes, cuatro lóbregas y muy tristes paredes, testigos mudos de esta desazón que no se separa de mí.

Maldigo el día aquel en el que, con tan mala suerte, me engañaron vilmente para embarcar y poner rumbo a la tierra esta que dicen de los sueños. ¿Sueños? ¡Sueños rotos son! ¡Pesadillas! ¿Cómo se espera de mí que encuentre la felicidad si no se me permite adorar la suavidad de una buena manzana, el color rojo del pimiento o el dulce sabor las cerezas? -Podrás adquirir nuevas especies-, dijeron; -Cocinarás y crearás nuevas comidas que dejarán al mundo boquiabierto-, dijeron. ¡Mentiras, mentiras, todo son mentiras!

Hoy se ha roto un poco la monotonía de mi existencia pues ha bajado el contra maestre a decirme que han avistado tierra y que si quería bajar con ellos. ¡Bah! Iré aunque sólo sea para reírme de ellos, pues sé que no encontraremos nada, que todo esto empezado por el Almirante no ha sido más que algo sin futuro...

Mientras los grumetes baten con fuerzas los remos, observo cómo las tranquilas y turquesas aguas lamen con suavidad las blancas costas. El aire es cálido y me acaricia amablemente la cara. Al desembarcar, mientras todos se afanan por acarrear de allí para acá cuerdas, redes, espadas y demás material, yo me acerco a la línea de palmeras. Me parece avistar algo negro entre los juncos pero le quito importancia cuando, de repente, un objeto maravilloso atrae mi atención. ¿Qué será eso que está semioculto entre la tierra? Tiene un color amarillo parduzco y es amorfo. Lo palpo un poco con los dedos y lo noto suave al tacto.

Al volver al barco, nada más pisar cubierta voy corriendo como alma que lleva e diablo hacia las cocinas para examinar más de cerca tan extraño objeto. Después de un rato decido cortarlo a trozos, más o menos alargados, para enseñárselos a mi capitán.

Estoy ya yendo con la bandeja en mis manos cuando, ¡ay!, dichosa suerte la mía, se me caen en la tinaja con aceite hirviendo que pensaba utilizar para la cena. Voy corriendo a por un cucharón para sacarlas de ahí y cuando las había dejado en una escudilla de madera, entra, como si de una aparición del infierno se tratara, el capitán. Triste de mí, ya me veía lanzado a los tiburones.

El capitán, creyendo que se trataba de la cena, cogió uno de los trozos alargados bañados en aceite y se lo llevó a la boca. Yo, paralizado por el miedo, pues creía que se iba a envenenar, no cabía en mí del asombro cuando el capitán va esbozando una sonrisa lentamente. -¡Delicioso!- me espetó, y yo más perdido no puedo estar.

Después de su marcha me atrevo a probarlas y poco a poco se va iluminando mi cara. ¡Qué delicia! ¡Qué sabor! ¡Qué color! Definitivamente soy un genio para crear, como se demuestra de mi última creación: ¡las denominadas patatas fritas!